








ANNA Y LA ROSA DE LOS VIENTOS



Aura Daude

ANNA Y LA ROSA
DE LOS VIENTOS





Primera edición: septiembre 2019

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Aura Daude

ISBN: 978-84-17961-44-2

ISBN digital: 978-84-17961-45-9

Depósito legal: M-28385-2019

Editorial Adarve



C/Marcenado 14

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España



*Recuerdo a mis abuelos, a todos, de ellos heredaré sus
ojos, también las manos, incluso el hígado.*



Nota de la autora

Anna y rosa de los vientos es fruto de un viaje que se realizó en 2007 al África más nororiental.



I

Una bocanada de aire les calentó la garganta hasta llegar a los pulmones, eso fue lo primero que experimentaron al salir del avión.

Inquietud, incredulidad, incertidumbre. Solo de regreso a Barcelona ella dudaría si haría otra vez este viaje. Las vistas no tenían nada que ver con lo que conocían hasta ese momento, más impresionable ella, sí, lo había visto miles de veces en libros y documentales.

Aeropuerto de Asuán 6:20 p. m. 30 °C, mayo del 2007

—¿No te has dejado nada Anna? ¿Llevas los pasaportes? Ahora nos los pedirán.

—Los llevo y gracias Marc, si algún día cortamos este viaje no te lo podré devolver —risas.

—Qué irónica, como siempre.

Dos aviones, tres pistas de aterrizaje.

—¿Y a dónde hay que ir?

—Va, tú sigue a la gente y no digas nada que pareces de pueblo.

—Qué agudo, soy de pueblo. Oye, ¿seguro que no has traído nada de eso no?

—No, va, vamos.

Los pasajeros se dirigían a un edificio, de unos doscientos metros cuadrados, era difícil perderse. Al terminar los trámites, el guía de la agencia reunió al grupo mostrando a los turistas la carpeta con el logotipo de la agencia.

No hubo ningún control aduanero, solamente les sellaron los pasaportes.

Marc había comprado el viaje, oferta fuera de temporada alta, regalo sorpresa de cumpleaños para Anna, la cual únicamente tuvo dos semanas para hacerse a la idea.

Se les indicó que subieran al bus aparcado que les esperaba en el exterior.

Marc y Anna se apresuraron, era impaciencia; ya sentados miraban por la ventana hacia todas partes, no subía nadie, pasaron unos pocos minutos, nadie subía.

—¡Marc, Anna! ¡Marc, Anna!

—¿Qué pasa Marc?

—¡Bajemos, este no es nuestro autocar!

El guía se había aprendido sus nombres nada más llegar. Avergonzados los dos subieron al otro, todos los ocupantes los miraban, aún quedaban asientos en la última fila.

Entre las asignaturas preferidas de Anna, estaba Historia del Arte, como ejemplo, sabía bien que el monumento de Stonehenge y sus estructuras megalíticas tipo *crómlech* están datadas entre 3100-2000 a. C., es decir, que

sus inicios y su finalización, comprenden este periodo, mientras que Giseh, la construcción de Kefrén, su «culminación», los expertos la datan en el 2540 a. C. siendo en parte coetáneas, resulta ser más antigua la construcción de la pirámide de Giseh que el calendario megalítico de Stonehenge en la actual Inglaterra.

En clase siempre nos explican las civilizaciones de la Antigua Europa al inicio de curso, mientras que los Antiguos Imperios situados en el continente africano y del actual Oriente Próximo, no se dan hasta casi llegadas las navidades, esto nos confunde.

Arena a un lado, arena al otro, circulaban por una estrecha vía con dos carriles.

—¡Aquí no está permitido hacer fotos!

Anna, bajó la cámara, la foto ya estaba hecha, su pulso se aceleró, el guía la miraba.

—¿Has sacado alguna foto?

Marc solo vio arena, Anna con un gesto le bajó el brazo.

El guía no le quitaba ojo, abrió una lata, parecía cerveza, la marca escrita en caligrafía árabe no daba ninguna pista al respeto.

Se hizo silencio en el bus y ya llegando a destino, un breve resumen, de lo que debían hacer al bajar en el puerto.

Antes de entrar a la ciudad, se indicó a los turistas que miraran la izquierda, era un cementerio, parecía bastante antiguo, se veían los nichos, en pequeños pilares de arena y piedra que se alineaban en tres plantas en un

recinto cerrado del mismo color que los pilares de arena, del mismo color que la arena del paisaje, muy parecido a los cementerios cristianos, no le dio tiempo de sacar la cámara. Oscurecía.

Puerto de Asuán, 8:38 p. m. 27 ° C

Bajaron. Marc no perdía de vista al guía, era alto corpulento, levantaba esa carpeta. En el muelle, una pasarela para entrar a la embarcación. Una vez dentro del barco, esta vez el guía abrió una botella y sí, esta vez sí era cerveza.

Reunión: repartieron los números de los camarotes, el primer dígito pertenecía a la planta del camarote correspondiente. El «hotel flotante» en el que se alojarían los tres primeros días, parecido a los barcos del río Misisipi, era un antiguo barco de vapor con un molino giratorio en la proa, una bandera del país ondeaba en cubierta, una pasarela, suelo enmoquetado y un interior bastante pasado de moda.

Tiempo para dejar las maletas y subir al comedor. Cenaron, bufet libre.

Otra reunión, el guía iba mesa por mesa para avisar a los turistas de que debían ir de nuevo al salón.

Marc y Anna enseguida encontraron asiento... suerte, un sofá tapizado azul con ribetes de color plateado, el sofá en el fondo del salón, los demás pasajeros sentados en sillas de frente a ellos y los guías de pie. Los dos solos en ese sofá, a modo de escenario, parecían tener un lugar

privilegiado; él con el pelo corto color castaño y con rizos en la frente, Anna con melena morena medio tumbada hacia el respaldo, la imaginación de Anna voló: Marc se le asemejaba a Alejandro Magno, ella sería su hermana Cleopatra. Se le escapó una pequeña sonrisa mientras pensaba «ya estoy en Egipto». ¿Qué familia no pone los nombres de sus padres a sus hijos y de los abuelos a los nietos?

Esta tradición no es exclusiva de reyes y faraones, el primer nombre de Cleopatra aparece en este periodo de la historia; esta, hermana de Alejandro de Macedonia. El general Sóter, fundó la Dinastía Ptolemaica (305-30 a. C.) la cual adoptó el nombre de Cleopatra entre sus consortes, la última Cleopatra, la más renombrada, Cleopatra VII, escribió el final de una civilización. Sus dinastías antecesoras permanecieron a lo largo de más de 3.000 años, nosotros los cristianos remontamos desde hace 2.000, justamente la era cristiana empieza treinta años después en el declive del Imperio Tardío de Egipto, quizás también por razones climáticas en el que el desierto avanzó, ganando territorio. El hecho de que el clima sea propicio en una zona específica geográficamente, es el principal motivo para que sus civilizaciones prosperen y avancen, la subida media de la temperatura anual que sufrió Egipto hacia el año 0, marcó de todos modos el final de una era.

Los macedonios impresionados por ese arte lo habían adoptado. No fueron los únicos.

Mientras ella seguía recreándose en su fantasía, el guía exponía las opciones, eran dos, contratar una excursión

a Abu Simbel en la que se saldría de madrugada, exactamente a las 4:00 a. m. y debería ser abonada como extra; o excursiones a la Presa de Asuán, Templo de Filé y pueblo de los Nubios, raza que conquistó la antigua Tebas en el declive del Imperio Nuevo.

Anna pidió poder descansar, por lo que no contratarían la excursión en la que tendrían que madrugar.

La habitación era la 018, planta cero; salón, comedor y recepción en la primera planta; tres plantas más con los camarotes y la terraza con hamacas, la planta donde se alojaban Anna y Marc estaba situada debajo del comedor.

La ventana de su camarote empezaba a la misma altura que la superficie del Nilo, estaban alojados en antiguos compartimentos de la sala de máquinas, ahora reformada con camarotes.

—¿Cuánto me dijiste que te gastaste en el viaje Marc?

—Vaya mira la ventana, el agua me llega a la cintura.

—¡Y a mí al pecho! ¿Vamos al dormir por debajo el nivel del agua?

—Bien, Anna, ya tenemos algo que explicar.

—Y que te equivocaste de autocar al llegar.

—Si fuiste tú.

Amarrados

—Laura, Anna. Anna, Laura, yo me llamo Sergi, somos de Gerona, y llegamos en el mismo avión.

Marc aprovechó veinte minutos en que Anna des-

hacia las maletas, y fue en cubierta que conoció a la pareja.

—Yo y Sergi iremos a Abu Simbel. ¿Y vosotros?

—No, Anna está cansada.

—Bueno, quedan muchos días por delante y no es posible verlo todo.

—¿De Barcelona Marc?

—De Barcelona.

—¿Y vuestra habitación?

—La 018.

—¿Por qué reís? —Sergi se sorprendía.

—El camarote está debajo de recepción.

—¿Hay habitaciones allí? Pero si debajo...

—Sí, Laura, hay una compuerta antes de entrar a la planta inferior, es como las que salen en *Titanic* —Marc hacía rato que reía, Sergi también, menos Laura.

—¿Y vosotros? —preguntó Marc.

—Debajo de la terraza, en la planta de arriba.

—Más calor, pero si pasara algo podéis ir a los botes.

—Eso no pasará Anna —dijo Laura.

—Solo sigo la broma, no he visto ningún bote... vaya, imaginaros. Ah, en la compuerta por dentro, hay un mango giratorio y ya sé abrirlo ¿Hundiría esto, no? —Anna arrancó más de una carcajada.

—Marc viajar en segunda es peligroso —risas.

Abu Simbel es conocido, su historia está escrita, pero nadie sabía nada de la presa de Asuán y menos de los Nubios antes de que el guía lo mencionase.

En cubierta 9:45 p. m. 26 °C

—¿Vais a salir? —Laura se sorprendía, de esa actitud «irresponsable».

—Sí, vamos a dar un paseo.

—No sé si os dejaran salir solos, podríais perderos Anna.

—Tendrías que avisar al guía —sugirió Sergi.

—Claro. Anna quiere mirar tiendas.

—Es tarde Anna.

—No estamos en Europa, se ve gente en el muelle.

Manzanilla, hinojo y canela, es lo que compraron en Asuán esa noche, salieron hacia la ciudad y bajo su responsabilidad, según advirtió el guía

II

Se alejaron del amparo del barco. El muelle y una gran avenida. Calles y callejones, detrás de cada esquina las tiendas aún abiertas. Entre los transeúntes, se cruzó con la primera mujer, de vestido oscuro y con sus ojos al descubierto, Anna no sabía que pensar, si esa mujer vestía así para no mostrarse; su figura, lejos de pasar inadvertida le impactó. Dos turistas destacaban a esas horas de la noche en la ciudad.

Una confusión de aromas salía de una de las tiendas en la estrecha calle, a la salida después de comprar Marc dudó.

—Por ahí.

—¿Estás segura?

—Sí.

El ruido del intenso tráfico de la avenida la orientó.

Avanzado el viaje en la excursión a los templos de Karnak y Luxor, a vista de autocar: un grupo de mujeres, vestidas de oscuro y al lado una valla amarilla de obra. Anna sacó una instantánea más.



En el camarote.

—No ha amanecido, no puedo dormir Marc, dame un abrazo.

—Yo salgo a fumar.

—Espera, que me visto y voy contigo Marc.

La recepción estaba vacía, nadie en cubierta.

—¿Ya es martes?

Los dos, algún que otro coche se escuchó, sentados en la humedad de la escalera que daba a la terraza, a la derecha la ciudad iluminada y hacia arriba en la bóveda celeste un nuevo mapa se dibujaba, parecía que Egipto solo les esperara a ellos.

Eran las dos de la madrugada.

7:10 a. m. 27 °C

—Buenos días.

—Vamos, dijeron que el bus nos esperaba a las nueve menos cuarto. Me ducho rápida.

Desayunaron con José y Asunta, un matrimonio jubilado de Madrid, habían cenado con ellos la noche de llegada. El bus les esperaba, los horarios de las excursiones eran estrictos.

Esa mañana los acompañó el otro guía, que avisó en el autobús y también al bajar que no estaba permitido hacer fotos en la presa, Anna se impacientó, quería ver qué era lo que no se podía fotografiar.

Alta Presa de Asuán, lago Nasser, 9:37 a. m. 28 °C

—Dame un cigarro.



—Toma, saca la cámara, Anna.

—No.

—Cuando no mire, saca la cámara.

—No encuentro el mechero. ¿Lo tienes tú?

Lo que fotografió Anna el día anterior también estaba en la presa, torres eléctricas de alta tensión. Acabó sacando la cámara mientras el guía mostraba el lago. La visita duró poco, quince minutos, casi sin ninguna explicación, únicamente se hizo referencia al lago Nasser, bajo sus aguas permanecen vestigios antiguos de Nubia, inundados al construirse la Alta Presa de Asuán.

—Pasas tú delante.

Marc y Anna, Asunta y José, se sentaron en la misma fila esta vez.

—He sabido que ayer por la noche salisteis, José y yo estábamos en el camarote, pero nos hubiéramos apuntado.

—Después te doy algo de canela, huele escandalosamente bien, lo que compras en Madrid es una rama cualquiera Asunta, te lo aseguro.

—Oye Marc ¿Qué habrá hecho el Barça-Madrid?

—El Barça se habrá llevado los tres puntos, no lo dudas —sonríen.

El día se levantaba y las vistas se despejaban.

A pie de orilla, comerciantes ambulantes vendían recuerdos. Les estaban esperando en el muelle, era una pequeña embarcación para llegar a la isla, en ella, el templo, Periodo Tardío, época romana, este sí, trasladado y

reconstruido piedra a piedra, hubiera quedado bajo las aguas del Nilo, durante la construcción de la Alta Presa.

Filé, 10:55 a. m., templo situado en una isla,
reconstruido por la Unesco.
Periodo Ptolemaico y romano.
Dinastía XXX, destinada al culto de la diosa Isis

El lugar no impresionó especialmente a nadie, lo que más llamó la atención fueron los jeroglíficos y en eso se basó la visita, el guía tradujo uno de los significados, este decía: «*Yo rey, dueño de mis tierras, te las ofrezco para que cultives tus propios alimentos*».

Anna anotó todo en un papel, copió los dibujos y al lado el significado que se le suponía y lo guardó como recuerdo.

El grupo de turistas que no habían viajado a Abu Simbel era de siete personas, así que era más fácil preguntar dudas. La misma embarcación que les trajo a la isla los llevó a la orilla oeste, en ella iban Marc y Anna con José y Asunta, un par de amigas inglesas de avanzada edad y María que viajaba sola, algo poco común entre los turistas españoles, pero más extendido en otros países europeos. Una de las inglesas se presentó, Mary, e insistió un par de veces que ella y Suzanne eran amigas, solo amigas. Los demás entendieron que por su edad no les resultaba propio el hecho de afirmar que eran pareja.

Una canoa se les acercó, dos jóvenes se agarraron al borde de la embarcación de los turistas, al momento ya cantaban *La Macarena*, el éxito de Los del Río, a los jóve-

nes les llenaron los bolsillos de monedas.

Perfiles rocosos, aves posando para ser fotografiadas, vegetación... a veces palmeras y acacias, algunos tramos directamente la arena o la roca. Cerca de las orillas se podían ver casas y algunas chabolas.

Anna prestó atención a un palacete que ahora veían, este había sido construido expresamente para un jeque adinerado, aquejado de reuma. Según explicó el guía, era sabido que las arenas del desierto eran curativas, el jeque se enterraba hasta el cuello en la arena, tratamiento natural que le curó.

—¡Vaya! ¿Has oído esto Marc?

—Qué curioso, mañana compro una pala y te colmo de arena.

—Mejor me compras una casa como esta y me mantienes aquí.

En la orilla occidental del río Nilo

Un determinado número de camellos y sus mozos les esperaban, Anna y Marc empezaron en primer y segundo lugar en la marcha por el Sáhara, hacia el sur y contorneando la orilla del río. El camello de Marc caminaba despacio, se rezagaba a cada paso y se tambaleaba, sus patas resbalaban por la pendiente que bajaba hasta llegar a la orilla del río, el mozo tenía que tirar de él, con esfuerzo y calma, a los pocos metros de la siguiente palmera el camello aceleraba el paso hasta llegar a la preciada sombra, allí se detenía y a esperar que decidiera

avanzar. Ya en marcha, a la que se acercaba a la siguiente palmera repetía esa particular procesión, así hasta llegar al poblado.

Camello, mozo y turista llegaron los últimos y media hora más tarde.

Abrió la mano, era un pequeño y típico escarabajo de yeso azul turquesa, el niño la miraba con una sonrisa, ella le dio las gracias, soñadora otra vez, eso le iba a traer suerte, pensó. Ingenua. El pequeño cogiéndola del bolsillo, la llevó a un mercadillo. Anna, al salir, buscó, buscó y rebuscó para encontrarlo. ¡Superstición! Había perdido el escarabajo, tardó en entender que el niño lo había cogido y en verdad, debía haberle dado algunas monedas.

Crías de cocodrilos, tatuajes de henna, té caliente en un amplio salón con sofás a ras de suelo y completamente alfombrado, la hospitalidad de los Nubios. Anna no se tatuó el pie como Mary y Asunta. Afuera en la calle un alboroto de manos que les tiraban de la ropa, pequeños pidiendo monedas, Marc sacó un par de lápices, Anna insistió en que les diera monedas, él no accedió, argumentando que los lápices les harían más servicio.

—Dales monedas y se comprarán lápices y más cosas.

El mozo que había llevado el camello de Marc entendía lo que este le pedía, el idioma no impidió que Marc pudiera encontrar hachís.

Anna le había pedido que no llevase nada en el equipaje, de ahí que le insistiera en la llegada a Asuán; desconocía y temía por las leyes egipcias.

Ya pasada la tarde y casi a punto de salir de ese lado de Egipto, Anna quedó cautivada por una niña de mediana estatura, de pelo oscuro con pequeños rizos, sus perfectas facciones, aquella mujercita tenía una belleza limpia. Con gestos, le pidió que se dejara fotografiar, inevitablemente miradas de recelo; altas, bajitas, delgadas, bonitas y no tan bonitas, acabaron posando todas las niñas.

